

IX

(Anónimo)

Fonte-frida, Fonte-frida,
 Fonte-frida y con amor,
 do todas las avecicas
 van tomar consolación,
 sino es la tortolica
 qu'está viuda y con dolor.
 Por ahí fuera á pasar
 el traidor del ruseñor:
 las palabras que le dice
 llenas son de traición:
 —Si tú quisieses, señora,
 yo sería tu servidor.
 —Véte de ahí, enemigo,
 malo, falso, engañador,
 que ni poso en ramo verde,
 ni en prado que tenga flor;
 que si el agua hallo clara,
 turbia la bebía yo;
 que non quiero haber marido,
 porque hijos non haya, non:
 non quiero placer con ellos,
 ni menos consolación.
 ¡Déjame, triste enemigo,
 malo, falso, mal traidor,
 que non quiero ser tu amiga
 ni casar contigo, non!

X

(Anónimo)

Que por mayo era, por mayo,
 cuando los grandes calores,
 cuando los enamorados
 van servir á sus amores,
 sino triste yo, mezquino,
 que yago en estas prisiones,
 que ni sé cuándo es de día,
 ni menos cuándo es de noche
 sino por una avecilla
 que me cantaba al albore:
 matómela un balletero;
 ¡déle Dios mal galardone!

XI

(Anónimo)

—La bella mal maridada,
 de las lindas que yo ví,
 véote tan triste enojada;
 la verdad dila tú á mí.
 Si has de tomar amores
 por otro, no dejes á mí,
 que á tu marido, señora,
 con otras dueñas lo ví,
 besando y retozando:
 mucho mal dice de ti;
 juraba y perjuraba
 que te había de ferir.—
 Allí habló la señora,

allí habló, y dijo así :
 —Sácame tú, el caballero,
 tú sacásemme de aquí ;
 por las tierras donde fueres
 bien te sabría yo servir :
 yo te haría bien la cama
 en que hayamos de dormir,
 yo te guisaré la cena
 como á caballero gentil,
 de gallinas y capones
 y otras cosas más de mil :
 que á este mi marido
 ya no le puedo sufrir,
 que me da muy mala vida
 cual vos bien podéis oír. —
 Ellos en aquesto estando
 su marido helo aquí :
 —¿Qué hacéis, mala traidora?
 ¡Hoy habedes de morir!
 —¿Y por qué, señor? ¿por qué?
 que nunca os lo merecí.
 Nunca besé á hombre,
 mas hombre besó á mí ;
 las penas que él merecía,
 señor, daldas vos á mí :
 con riendas de tu caballo,
 señor, azotes á mí ;
 con cordones de oro y sirgo
 viva ahorques á mí.
 En la huerta de los naranjos
 viva entierres á mí,
 en sepultura de oro
 y labrada de marfil ;
 y pongas encima un mote,
 señor, que diga así :
 «Aquí está la flor de las flores,

»por amores murió aquí ;
 »cualquier que muere de amores
 »mándese enterrar aquí,
 »que así hice yo, mezquina,
 »que por amar me perdí. —»

XII

(Anónimo)

Levantóse la casada
 una mañana al jardín,
 dicen que á gozar el fresco :
 «¡Más le valiera dormir!»
 Esperando á su galán
 á sueño breve y sutil,
 le ha dado amor mala noche :
 «¡Más le valiera dormir!»
 Sobre la madeja bella
 que al amor revuelve en sí
 sale arrojando una toca :
 «¡Más le valiera dormir!»
 Gorguera saca de negro,
 turquesado el faldellín,
 y á medio vestir la ropa :
 «¡Más le valiera dormir!»
 Á la salida del huerto
 torcido se le ha un chapín,
 de que quedó lastimada :
 «¡Más le valiera dormir!»
 Pasando más adelante
 al coger un alhelí
 le picó el dedo una abeja ;
 «¡Más le valiera dormir!»
 Con tanto azar no descansa ;

sale enamorada al fin
 buscando á aquel que bien ama :
 «¡Más le valiera dormir!»
 Aquí mira, aquí se pára;
 nada halla aquí ni allí,
 hasta ver lo que no quiso:
 «¡Más le valiera dormir!»
 Á su amante halla muerto,
 y al marido junto á sí,
 que remató entrambas vidas:
 «¡Más le valiera dormir!»

XIII

(Anónimo)

No es razón, dulce enemiga,
 si acaso me quieres bien,
 que por dar contento á Zaide,
 tan sorda á mi amor estés.
 ¿Qué áspid de Libia, señora,
 te ha enseñado á ser cruel?
 ¿Quieres con alma traidora
 tiranizarla en un mes?
 Dícenme que este envidioso
 la causa de mi mal es;
 y que son tus ojos fuentes
 el tiempo que no le ves.
 Pues no es justo, Laura hermosa,
 que con tan rico laurel,
 á fuerzas de fe ganado,
 se adorne un traidor sin ley.
 Vuelve con piedad tus ojos,
 verás rendido á tus piés

cómo se queja Floriardo
 por el rigor de un desdén.
 Con lisonjas me entretienes
 y con engaños también;
 hete sido fiel en todo
 y en todo me has sido infiel.
 Pues ya mis quejas te enfadan,
 ¿á quién, tigre hircana, á quién
 de mi dolor daré cuenta
 sino es á la causa de él?
 Y si por pobre me dejas
 y te mueve el interés,
 si has menester lo que valgo,
 tu esclavo soy, vendemé.

XIV

(Anónimo)

Sobre las blancas espumas
 del mar de amor iba huyendo
 un rico bajel, cercado
 de enemigos y de miedo.
 Dicen que lleva cargados
 de coral y oro los senos,
 y que vale una ciudad
 una perla que va dentro.
 Tras él le va dando caza
 otro bajel más ligero,
 cuyo artillero es Amor,
 grande robador de yerros.
 «Dale fuego,
 »artillero, niño ciego;
 »carga, que es forzoso
 »rendir un bajel hermoso.»

De sus penas hace balas,
de su firmeza, pedreros,
la pólvora, de su ira,
de sus suspiros el fuego;
el deseo de alcanzarle
le va sirviendo de remos,
sus pasiones, de forzados,
y su dicha, de gobierno:
el alma ofendida y libre
sirve de cómitre diestro,
que con crueles memorias
azotaba á los remeros.

«Dale, etc.»

Cuando el bajel hace agua
daban á la bomba fuego,
y la bomba eran sus ojos,
y este mal salía de ellos.
De aguja de marear
le sirve su fe de acero
que siempre mira hacia el norte,
y el norte es el que va huyendo.
Este famoso cosario,
disfrazado en marinero
dicen que se llama Albanio,
y que fué pastor primero.

«Dale fuego
»artillero, niño ciego;
»carga, que es forzoso
»rendir un bajel hermoso.»

XV

(Anónimo)

Para queja de las flores,
para envidia de las aves,

puso el amor en Belarda,
florida edad, voz suave:
nueva guerra de las vidas,
en lo airoso de su talle;
y en lo dulce de su voz,
tiernas lisonjas al aire,
recátense los deseos,
todo atrevimiento pare,
que es hechizo su belleza
y es encanto su donaire.
Clavel matizado en nieve
es su boca, cuyo esmalte,
ya en la sarta de sus perlas
pone extremos de corales.

XVI

(Anónimo)

Fuego exhala, y agua vierte
Jacinta á un verde vergel;
la culpa tiene un pesar,
que le ocasionó un desdén.
Encuéntrense fuego y agua
en el camino tal vez;
mas ni el agua enjuga el fuego,
ni ella le impide el arder.
De quejas enternecidas
poblado el aire se ve;
mas quien siembra en viento, el viento
por premio suele coger.
Quejas dió á su bello ingrato;
respondióla descortés,
y al alivio del olvido
consultó su parecer.

XVII

(De Lope de Vega Carpio)

Por las riberas famosas
de las aguas del Jarama,
junto del mismo lugar
que Tajo las acompaña,
alegre sale Belardo
á recibir justa paga
de tantos años de amor,
celos, temor y mudanza.
«¡Dichoso el pastor que alcanza
»tan regalado fin de su esperanza!»

Vase á casar á su aldea
con Filis su enamorada,
que se la entrega su padre
después de tantas desgracias.
Contento lleva el villano,
por los ojos muestra el alma,
que al fin de tanta fortuna
promete el cielo bonanza.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»

No va como suele á pié,
ni lleva toscas abarcas
de pieles de lobo muerto
tintas en sangre de vaca:
zapatos lleva picados,
media verde lagartada,
botones de vidrio y fuego,
porque se los dió su dama.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»

Va caballero brioso
en una yegua alazana;
la silla lleva de frisa,

y de hiladillo la franja;
sombbrero nuevo de feria,
capa de capilla larga,
con un sayo verde oscuro,
agironado de grana.

«¡Dichoso el pastor, etc.!»

Va mostrando en el vestido
las esperanzas del alma,
tan cerca ya de cumplirlas,
como tardías y largas.
Guardadas lleva en el seno
de Filis todas las cartas,
que si son obligaciones,
quiere pagar y borrallas.

«¡Dichoso el pastor, etc.!»

Llegó Belardo á la villa,
y de su suegro á la casa;
sale á tener el estribo
mientras de la yegua baja,
Filis, abiertos los brazos:
marido y señor le llama;
él señora y dulce esposa,
besóla, y ella le abraza.

«¡Dichoso el pastor que alcanza
»tan regalado fin de su esperanza!»

XVIII

(Anónimo)

—¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.
De mis pequeñas heridas

compasión solías mostrar,
 y agora de las mortales
 no tienes ningún pesar.
 ¿Cómo acudiste á lo menos
 y me faltaste en lo más?
 Que en los mayores peligros
 se conoce la amistad.
 El crisol de las verdades
 suele ser la adversidad.
 ¿En qué memoria ocupada,
 tan sorda á mi llanto estás?
 Acuérdome bien, si penas
 me dejan bien acordar,
 que en un tronco de un aliso,
 que el Tajo bañando está,
 cuando yo era más dichoso
 y tú más firme y leal,
 escribió tu mano un día:
 «Yo te doy mi libertad,
 »y antes que de ti la mude,
 »Tajo el curso mudará.»
 Río, vuelve atrás tus aguas,
 pues la fe se vuelve atrás.—
 Aquesto Tirsi decía,
 cantando en su soledad
 memorias de su señora,
 y testigos de su mal.

XIX

(De D. Luís de Góngora)

Aquí entre la verde juncia
 quiero como el blanco cisne
 que envuelto en dulce armonía

la dulce vida despide,
 despedir mi vida amarga
 envuelta en endechas tristes,
 y querellarme de aquella
 tan hermosa como libre.
 Descanse entre tanto el arco
 de la cuerda que le aflige,
 y pendiente de sus ramas
 orne esta planta de Alcides;
 mientras yo á la tortolilla
 que encima del olmo gime,
 le hurto todo el silencio
 que para sus quejas pide.
 ¡Bellísima cazadora,
 más fiera que las que sigues
 por los bosques! ¡Cruel verdugo
 de mis años infelices!
 Tan grandes son tus extremos
 de hermosa y de terrible,
 que están los montes en duda
 si eres diosa ó si eres tigre.
 Préciaste de tan soberbia
 contra quien es tan humilde,
 que considerados bien
 todos los monteros dicen,
 que los dos nos parecemos
 al roble que más resiste
 los soplos del viento airado,
 tú en ser dura, yo en ser firme.
 En esto solo eres roble,
 y en lo demás flaca mimbre,
 no solo á los recios vientos,
 mas á los aires sutiles.
 Ya no persigues, cruel,
 después que á mí me persigues,
 á los corzos voladores,

ni á los fieros jabalies;
 ni de tu dichoso albergue
 las nobles paredes visten
 los despojos de las fieras
 que, como á mí, muerte diste.
 Los montes se están quejando
 de que tus piés no los pisen,
 por los rastros que dejaban
 de rosas y de jazmines,
 tales que eran á sus campos
 tus dos plantas dos abriles:
 haz tu gusto, que yo quiero
 dejar, pues d'ello te sirves,
 el espíritu cansado
 que mis flacos miembros rige;
 conseguiremos en esto,
 ambos á dos, nuestros fines:
 tú, el de cruel en dejarme,
 yo, el de leal en morirme.
 Tú, rey de los otros ríos,
 que de las sierras sublimes
 de Segura, al Oceano
 el fértil terreno mides,
 pues en tu dichoso seno
 tantas lágrimas recibes
 de mis ojos, que en el mar
 entran dos Guadalquivires;
 ruégote que su crueldad
 y mi firmeza publiques
 por todo el húmedo reino
 de la gran madre de Aquiles;
 porque no sólo en las selvas,
 mas los que en las aguas viven,
 conozcan quién es Daliso,
 y quién es la ingrata Nise.

X XX

(De Alfonso de Alcabdete)

Yo me levantara, madre,
 mañanica de Sant Joan:
 vide estar una doncella
 ribericas de la mar:
 sola lava y sola tuerce,
 sola tiende en un rosal:
 mientras los paños s'enjugan,
 dice la niña un cantar:

Cantarcillo.

«¿Dó los mis amores, dó los?
 »dó los andaré á buscar?»

Sigue el romance.

Mar abajo, mar arriba,
 diciendo iba el cantar,
 peine de oro en las sus manos
 por sus cabellos peinar.
 «Digasme tú, el marinero,
 Si, Dios te guarde de mal,
 si los viste, mis amores,
 si los viste allá pasar.»

XXI

(Anónimo)

Gente pasa por la calle;
 y pues pasa tanta gente,
 sin duda que la mañana
 sus blancas alas ya tiende;

y pues de la vecindad
tanto me temo, y te temes,
porque al vulgo no declares
lo que te quiero y me quieres ;
«Véte, amor, véte,
»mira que amanece.»

Si el sol en saliendo barre
la aljófar que el campo tiene,
también de mi lado quita
la perla que me enriquece :
lo que á otros parece día,
á mi noche me parece ;
pues luégo que sale el alba,
la noche de ausencia viene.
«Véte, amor, etc.»

Si quieres echar raíces
al pasatiempo presente,
sin que el aire de envidiosos
tan presto no nos lo lleve ;
si quieres que nos veamos
como esta vez muchas veces,
donde á letra vista pago
lo que te debo y me debes.
«Véte, amor, etc.»

Deja los dulces abrazos,
que si entre ellos te entretienes,
un mal nos podrá dar largo
aqueste contento breve.
Un día de purgatorio
no hace mucho quien le tiene,
pues la esperanza de gloria
sus graves penas descrece.
«Véte, amor, vete.»

ROMANCES JOCOSOS